

León Portilla, Miguel. "Los testimonios aztecas de la Conquista". *El reverso de la conquista: Relaciones aztecas, mayas e incas*. México: Editorial J. Mortiz, 1964. 23-42.

su derrota. Muertos los dioses, perdido el gobierno y el mando, la fama y la gloria, la experiencia de la Conquista significó algo más que tragedia, quedó clavada en el alma y su recuerdo pasó a ser un trauma.

LOS TESTIMONIOS AZTECAS DE LA CONQUISTA

1. LOS DIALOGOS CON LOS SABIOS INDIGENAS

Se da principio a esta antología con un antiguo texto tomado del libro de los Coloquios de los Doce en el cual se conservan los diálogos y discusiones entre los primeros franciscanos venidos a la Nueva España en 1524 y algunos sabios y sacerdotes aztecas supervivientes. Los misioneros adoptaban a un grupo de señores principales en el atrio del convento de San Francisco en la recién conquistada Tenochtitlan. Violentamente condenan las antiguas creencias religiosas. Cuando los frailes dan por terminada su lección, se pone en pie uno de los señores principales y "con cortesía y urbanidad", manifiesta su disgusto al ver así atacadas las costumbres y creencias tan estimadas por sus abuelos y abuelas. Confiesa no ser él un sabio, pero afirma en seguida que todavía viven algunos maestros, entre quienes enumera a los sacerdotes, a los astrólogos, a los que guardaban los antiguos libros de pinturas; ellos podrán responder a los frailes:

Más, señores nuestros,
hay quienes nos gulan,
nos gobiernan, nos llevan a cuestas,
en razón de cómo deben ser venerados nuestros dioses,
cuyos servidores somos como la cola y el ala,
quienes hacen las ofrendas, quienes inciensan,
y los llamados sacerdotes de Quetzalcóatl.
Los sabedores de discursos,
es de ellos obligación,

se ocupan día y noche,
de poner el copal,
de su ofrecimiento,
de las espinas para sangrarse.

Los que ven, los que se dedican a observar
el curso y el proceder ordenado del cielo,
cómo se divide la noche.

Los que están mirando [leyendo], los que cuentan [o
reñeren lo que leen].

Los que vuelven ruidosamente las hojas de los códices.
Los que tienen en su poder la tinta negra y roja [la
sabiduría] y lo pintado,

ellos nos llevan, nos guían, nos dicen el camino.

Quienes ordenan cómo cae un año,
cómo sigue su camino la cuenta de los destinos y los
días y cada una de las veintenas [los meses].

De esto se ocupan, a ellos toca hablar de los dioses.¹

*Pocos días después, aparecen los sabios y los sacerdotes
subtervientes. En su respuesta esgrimen los argumentos
que juzgan más apropiados para mostrar que su antigua
forma de pensamiento acerca de la divinidad puede y
debe ser respetada. En ella hay ciertamente un elevado
concepto acerca del Dador de la vida. He aquí las pa-
labras de los antiguos sabios aztecas:*

Señores nuestros, muy estimados señores:

Habéis padecido trabajos para llegar a esta tierra.

Aquí ante vosotros,

¹ Colloquios y Doctrina Christiana con que los Doze Frayles
de San Francisco enbiados por el Papa Adriano Sesto y por el
Emperador Carlos Quinto convirtieron a los Indios de la Nueva
España, en Lengua Mexicana y Española. De este manuscri-
to existe una reproducción facsimilar en *Revista Mexicana de
Estudios Históricos*, apéndice al tomo I, pp. 101 y siguientes.

os contemplamos, nosotros gente ignorante . . .
Y ahora ¿qué es lo que diremos?
¿qué es lo que debemos dirigir a
vuestros oídos?

¿Somos acaso algo?

Somos tan sólo gente vulgar . . .

Por medio del intérprete respondemos,
devolvemos el aliento y la palabra
del Señor del cerca y del junto.

Por razón de él, nos arriesgamos
por esto nos metemos en peligro . . .
Tal vez a nuestra perdición, tal vez a nuestra destrucción,
es sólo a donde seremos llevados

[Mas] ¿a dónde deberemos ir aún?

Somos gente vulgar,
somos perecederos, somos mortales,
déjenos pues ya morir,

déjenos ya perecer,

puesto que ya nuestros dioses han muerto.
[Pero] Tranquílcese vuestro corazón y vuestra carne,

¡Señores nuestros!

porque rompemos un poco,

ahora un poquito abriremos

el secreto, el arca del Señor, nuestro [dios].

Vosotros dijisteis

que nosotros no conocemos

al Señor del cerca y del junto,

a aquel de quien son los cielos y la tierra.

Dijisteis

que no eran verdaderos nuestros dioses.

Nueva palabra es ésta,

la que habláis,

por ella estamos perturbados,

por ella estamos molestos.

Porque nuestros progenitores,

los que han sido, los que han vivido sobre la tierra,
no solían hablar así.
Ellos nos dieron
sus normas de vida,
ellos tenían por verdaderos,
daban culto,
honraban a los dioses.
Ellos nos estuvieron enseñando
todas sus formas de culto,
todos sus modos de honrar [a los dioses].
Así, ante ellos acercamos la tierra a la boca,
[por ellos] nos sangramos,
cumplimos las promesas,
quemamos copal [incienso]
y ofrecemos sacrificios.
Era doctrina de nuestros mayores
que son los dioses por quien se vive,
ellos nos merecieron [con su sacrificio nos dieron vida].
¿En qué forma, cuándo, dónde?
Cuando aún era de noche.
Era su doctrina
que ellos nos dan nuestro sustento,
todo cuanto se bebe y se come,
lo que conserva la vida, el maíz, el frijol,
los bledos, la chíá.
Ellos son a quienes pedimos
agua, lluvia,
por las que se producen las cosas en la tierra.
Ellos mismos son ricos,
son felices,
poseen las cosas,
de manera que siempre y por siempre,
las cosas están germinando y verdean en su casa...
allá 'donde de algún modo se existe', en el lugar de
Tlalocan.

Nunca hay allí hambre,
no hay enfermedad,
no hay pobreza.
Ellos dan a la gente
el valor y el mando...
Y ¿en qué forma, cuándo, dónde, fueron los dioses in-
vocados,
fueron suplicados, fueron tenidos por tales,
fueron reverenciados?
De esto hace ya muchísimo tiempo,
fue allí en Tula,
fue allí en Huapalcalco,
fue allí en Xuchatlapán,
fue allí en Tlamoahuacán,
fue allí en Yohuallichán,
fue allí en Teotihuacán.
Ellos sobre todo el mundo
habían fundado
su dominio.
Ellos dieron
el mando, el poder,
la gloria, la fama.
Y ahora, nosotros
¿destruiremos
la antigua regla de vida?
¿La de los chichimecas,
de los toltecas,
de los acolhuas,
de los tecpanecas?
Nosotros sabemos
a quien se debe la vida,
a quien se debe el nacer,
a quien se debe el ser engendrado,
a quien se debe el crecer,
cómo hay que invocar,

cómo hay que rogar.
Oíd, señores nuestros,
no hagáis algo
a vuestro pueblo

que le acarree la desgracia,
que lo haga perecer...

Tranquila y amistosamente
considerad, señores nuestros,
lo que es necesario.

No podemos estar tranquilos,
y ciertamente no creemos aún,
no lo tomamos por verdad,
[aun cuando] os ofendamos.

Aquí están
los señores, los que gobiernan,
los que llevan, tienen a su cargo
el mundo entero.

Es ya bastante que hayamos perdido,
que se nos haya quitado,
que se nos haya impedido
nuestro gobierno.

Si en el mismo lugar
permanecemos,
sólo seremos prisioneros.
Haced con nosotros
lo que queráis.

Esto es todo lo que respondemos,
lo que contestamos,
a vuestro aliento,
a vuestra palabra,
¡oh Señores Nuestros!''²

² *Colloquios y doctrina...* Véase la paleografía del texto náhuatl en la edición de W. Lehmann, pp. 100-106. (Versión del texto náhuatl: M. León-Portilla.)